

*MEXICO ANTE LA MIRADA EUROPEA*

Herederero de la tradición colonial, el hombre culto del Tercer Mundo, dice Carlos Fuentes, se siente obligado a conocer la historia europea, bien porque se identifique con el colonizador, bien por admitir la existencia de los lazos históricos. A diferencia de éste, para muchos habitantes de las grandes metrópolis, la historia universal es siempre la historia europea. Todo lo demás no es sino folclor antropológico. Así, la reciprocidad no existe y, mientras los pobladores del Tercer Mundo tienden a desarrollar un sentido más amplio de la historia, el hombre de las antiguas metrópolis sigue ignorando las reales circunstancias de aquello que se encuentra más allá de su entorno inmediato. El que un europeo pida a un mexicano que al regresar a su país salude a sus amigos de Buenos Aires demuestra el grado de desconocimiento que sobre la región —su economía, su política, sus dimensiones geográficas— prevalece.

Es casi seguro que cualquier niño mexicano que haya cursado la educación básica, tendrá más idea en torno a la Revolución Francesa, las batallas de Napoleón y las dos guerras mundiales, que el promedio de los franceses universitarios sobre la historia latinoamericana en general.

Este desconocer puede extenderse a la mayoría de los europeos, para quienes los vínculos entre México y Europa sólo tienen que ver con dos momentos históricos relevantes: la conquista y el nacimiento del país como Estado independiente frente a España. Ambos hechos ilustran el tipo de relación que nos une con el viejo continente: colonialismo e independencia; sujeción y liberación.

Hoy día, es común en las naciones del viejo continente recordar el papel jugado por las ideas europeas, principal-

mente las francesas, en el espíritu de aquéllos que en México iniciaron el proceso independentista, tanto en el dominio del pensamiento social, como en el terreno de la práctica política.

Se olvida, empero, que además de España, otros países: Gran Bretaña, pero sobre todo Francia, han influido en la vida social, política y económica mexicana. De Augusto Comte a Simone de Beauvoir, pasando por Raymond Aron y Jean Paul Sartre, las ideas de los intelectuales franceses han sido seguidas con atención por la comunidad mexicana, fundamentalmente por aquélla para quien el pensamiento francés ha constituido un modelo, una alternativa frente al *american way of life*.

En México, por ejemplo, gran parte de la población vivió con alegría y esperanza el triunfo del presidente François Mitterrand, alegría hoy un tanto ensombrecida para algunos, en razón de ciertas dudas relacionadas con la interpretación de los conflictos y problemas mundiales que nos conciernen actualmente. A pesar de estos lazos y afectos, no podríamos afirmar que en Europa, México es conocido y entendido de una manera clara y racional en la prensa local. En las siguientes líneas intentaré explicar por qué sucede así, particularmente en el caso de Francia.

Si bien la historia tiende a universalizarse y los pueblos del mundo sufren los mismos problemas, siendo más interdependientes que nunca, la raíz de este fenómeno y la interpretación que se le da varía, dados los momentos y experiencias históricas diferentes.

En efecto, uno de los principales obstáculos para entablar la comunicación entre los países industrializados y los del Tercer Mundo reside en el desconocimiento profundo de la historia sociopolítica de estos últimos. Si analizamos la información de la prensa francesa referente a estos países, podemos descubrir que no sólo es breve, sino que casi siempre alude a los momentos de crisis política y econó-

mica, a tragedias y desastres, sin mencionar, sino excepcionalmente, los periodos normales, así como los progresos alcanzados en ciertos sectores, a menos que éstos tengan que ver con las naciones industrializadas. De este modo, hoy día, El Salvador, Vietnam y Nicaragua son conocidos por ser campos de batalla en los que se juegan intereses hegemónicos internacionales.

Así como los estudiantes, la prensa europea olvida o deja de lado informaciones importantes sobre lo que en México, en toda América Latina, acontece. En contraposición a este hecho, puede observarse que los medios impresos nacionales, no importa cual se elija, ofrecen, en un lapso de quince días, mayor información sobre lo sucedido en Francia, Inglaterra o Alemania que aquella dada, en torno a México, por un diario francés o inglés durante un año. Igual situación se contempla en otros medios como la radio y la televisión.

Esta desproporción informativa no es sólo de orden cuantitativo, sino cualitativo: a menudo no nada más los periodistas, sino también los supuestamente rigurosos analistas europeos —políticos, sociólogos, historiadores— pretenden interpretar la realidad del Tercer Mundo siguiendo los criterios y escalas de valor originados en experiencias históricas totalmente diferentes a las que deberían aplicarse en un contexto específico. Esto propicia que se hagan juicios de valor sobre hechos precisos, partiendo de experiencias absolutamente extrañas a la realidad histórica tratada.

Así, en este momento de crisis, no sólo debe hacerse notar que México es la segunda nación más endeudada del mundo; es, también, un país donde cada día el esfuerzo de millones de mexicanos contribuye a transformar una realidad geográfica, económica, social y política muy compleja.

Por ejemplo, después del Congreso de Urbanismo en 1984, diversos reportajes insistieron sobre los problemas

surgidos por el hecho de que la ciudad de México sea la más grande concentración humana de la historia y sobre las consecuencias que ello implica: contaminación de la atmósfera, dificultad de los transportes, abastecimiento de agua, catástrofes que pueden sobrevenir en caso de falla eléctrica, entre otras.

Tales versiones omiten un hecho fundamental: que en medio de tantas dificultades, la ciudad existe y funciona, sus habitantes llegan a solucionar problemas desconocidos en la historia de la humanidad, y no lo hacen nada mal. Si sólo se mencionaran los volúmenes de agua y energía consumidas en la ciudad, podríamos evaluar la enormidad del esfuerzo realizado.

El temblor del 19 de septiembre de 1985 constituye un ejemplo muy interesante para comprobar la validez de estas premisas.

Las primeras noticias difundidas por radio y televisión afirmaban que un tercio de la ciudad de México había sido totalmente destruida. Si tomamos en cuenta que ésta alcanza, sin la zona suburbana, diez millones de habitantes, ello supondría que habrían sido afectados tres millones de personas, lo que daría al fenómeno características terribles. Más tarde se aclaró la verdadera dimensión del problema, pero aquella primera información no dejó de impactar y de tener consecuencias, sobre todo para el turismo.

En posteriores informes se hizo hincapié en la actuación (valiosa y apreciada en México) de los cuerpos de rescate que cada país enviara, poniendo en evidencia las dificultades que encontraron y los casos particularmente trágicos.

Asimismo, se denunció el hecho de que no existiera una preparación gubernamental para enfrentar un desastre de esta magnitud, lo que ciertamente pudo ser, pero cuya explicación radica en la ausencia, durante más de 75 años, de cualquier tragedia de estas dimensiones en la ciudad de México, periodo en el cual Europa ha vivido las dos guerras

mundiales que obligaron a la sociedad a aprender el manejo de las circunstancias en situaciones de emergencia.

Otro ejemplo: cada vez que se habla de México y su política, se insiste en las imperfecciones de nuestra democracia, exagerando, por ejemplo, sus conflictos electorales. Muy pocos comentarios son hechos sobre el efecto absolutamente positivo del principio de la no reelección que rige la vida política nacional y constituye una contribución a la democracia y a la movilidad política. Para un mexicano habituado a los cambios de nombres y de personalidades políticas en el marco de la estabilidad, es sorprendente constatar en otros países como Francia, la permanencia de los mismos nombres en el seno del debate político. A diferencia de otras estructuras sociales y políticas, el Estado mexicano goza de una gran capacidad de renovación y autorreforma que le permite resolver, con mayor éxito que otros países del Tercer Mundo, los problemas sociales y las desigualdades todavía existentes.

La prensa omite también comentarios en torno a la enorme capacidad innovadora de una sociedad que se ha abierto a la modernización política, mediante profundas reformas que responden a las demandas de nuevos sectores sociales, que se han desarrollado progresivamente a partir de los programas innegables aportados por la revolución de 1910.

La crisis ha puesto en evidencia con más claridad las debilidades de nuestra economía y las contradicciones de desarrollo nacional, pero ha contribuido, igualmente, a hacer obvias las virtudes de nuestro sistema. En efecto, la estabilidad social y política lograda hace 75 años no tiene como base ningún elemento metasocial o mágico como el conformismo o una supuesta vocación masoquista del pueblo mexicano.

Sin embargo, para el lector europeo no especializado, es difícil apreciar este último punto porque las numerosas versiones de nuestra realidad pasan por los periódicos y las

agencias de información americanas, estigmatizadas todas por el mismo defecto: el etnocentrismo. A esto se agregan las particularidades de una relación marcada históricamente por una frontera común, el acaparamiento de más de la mitad del territorio mexicano en 1847 y, finalmente, la presencia sobre territorio estadounidense de la segunda concentración urbana mexicana: Los Angeles.

Otro caso de incompreensión: la política exterior mexicana, que se caracteriza por su independencia frente a Estados Unidos y por la defensa de los derechos a la autodeterminación de los pueblos. Estas posiciones han estado vivas desde la invasión italiana a Etiopía, y en el momento de la guerra civil española. México, también, ha impulsado la solidaridad con Cuba y ha tenido una participación activa por la paz en América Central a través del grupo Contadora. Si nuestro país apoya eficazmente este último proceso, no es por intereses hegemónicos en el área, sino porque sabe, por experiencia histórica, que de la defensa de los derechos de los otros, nace la propia defensa.

Esta política exterior busca hoy no sólo mantener la independencia y la soberanía, sino hacer comprender a los países industrializados que la amenaza de un desplome económico, y por consecuencia social y político, es un problema que nos concierne a todos. En efecto, en su origen se encuentran los resultados de la explotación colonial, así como las deformaciones que fueron impuestas a nuestras economías. Se perciben también las prácticas de un capitalismo transnacional que se preocupa sobre todo por obtener beneficios a corto plazo, sin importar que éstos provengan de estructuras económicas insanas.

Los países endeudados, sin embargo, no pueden negar sus propias responsabilidades en la gestión inadecuada de su economía. No se puede ocultar que la ineficacia, el triunfalismo y la corrupción hayan contribuido a crear la condición presente. Pero de ninguna manera son el único

factor de la crisis. Por esta razón, el tono moralizante y las condenas de ciertos análisis respecto a los países endeudados, son inaceptables. Pretenden dejar de lado la responsabilidad histórica de aquellos —los primeros— que alentaron ciertas formas de desarrollo económico y que ahora muestran todas sus debilidades. Por otro lado, se olvida que una catástrofe económica en el Tercer Mundo tendrá sin duda efectos graves sobre los países industrializados.

En este sentido, los viajes hechos por los presidentes de Brasil, Argentina y México a diferentes países de la Comunidad Económica Europea han sido oportunos. Estos dirigentes latinoamericanos han expresado la necesidad de la comprensión, de solidaridad, y de apoyo europeos a América Latina en interés de ambos continentes.

Los proyectos militares norteamericanos y soviéticos, percibidos de manera diferente, nos conciernen de igual modo. En verdad que la confrontación Este-Oeste parece alejada geográficamente de América Latina, pero la perspectiva reaganiana de un conflicto centroamericano, la pone a proximidad de nuestras fronteras.

Ahora, cuando los medios de comunicación han transformado al mundo en una aldea, es paradójico constatar que la comprensión y un verdadero diálogo son todavía tan difíciles entre los pueblos de la tierra.

**Gerardo Estrada Rodríguez**  
París, marzo de 1986.